



CUENTOS Y RELATOS LIBERTINOS

Prólogo de
Andrés Barba
Edición y traducción de
Mauro Armiño

Hace alusión Mauro Armíño a un suceso sobre el que quizá deberíamos detenernos un poco más, el de la ilegalidad de estos textos, comprados bajo la capa pero presentes en casi todos los hogares burgueses e ilustrados de Francia. Es precisamente su ilegalidad la que les hacía cambiar de naturaleza. Esa tensión entre lo público y lo privado, lo aceptable y lo prohibido -aliviada mediante transgresiones estrictamente reguladas- funda para Bataille toda comunidad humana y se encuentra en la raíz misma de la noción de sociedad. **Andres Barba.**

Tras los últimos y sombríos años del reinado de Luis XIV las costumbres cambian por completo: la aristocracia se entrega al lujo, convierte el deseo en motor de su vida y hace del amor un juego presidido por una libertad absoluta que provoca unos excesos que los siglos siguientes no alcanzarán. La novela libertina da cuenta de esa realidad, con delicadeza unas veces, con crueldad otras, pero siempre con la mujer como centro de todas las pasiones, capaz de seguir el juego con delicadeza o dejarse arrastrar hasta los límites más arriesgados del deseo. Toda la sociedad del siglo se embarca en un derroche de sentimientos que hizo de esa época un caso único en la historia, mientras la filosofía ilustrada iba sembrando los valores de una libertad más amplia y más igualitaria. De esas transformaciones, de esas galanterías y seducciones, de esos excesos dan cuenta las novelas libertinas seleccionadas en este volumen. En ellas se citan mesalinas, sectas lésbicas, hijos del burdel que muestran al desnudo la sociedad, víctimas de la pasión desbocada de los poderosos, condesas que tienen delicados caprichos de una noche, ingenuas seducidas por las trampas de la galantería, enamorados infieles que se inician en el sexo en cama ajena, o un canapé que, recuperada su forma humana, relata las aventuras que ha visto y soportado...

TIEMPO DE CLÁSICOS

- Los clásicos son esos libros de los cuales suele oírse decir: «Estoy relejendo...» y nunca «Estoy leyendo...».
- Se llama clásicos a los libros que constituyen una riqueza para quien los ha leído y amado, pero que constituyen una riqueza no menor para quien se reserva la suerte de leerlos por primera vez en las mejores condiciones para saborearlos.
- Los clásicos son libros que ejercen una influencia particular, ya sea cuando se imponen por inolvidables, ya sea cuando se esconden en los pliegues de la memoria mimetizándose con el inconsciente colectivo o individual.
- Toda relectura de un clásico es una lectura de descubrimiento como la primera.
- Toda lectura de un clásico es en realidad una relectura.
- Un clásico es un libro que nunca termina de decir lo que tiene que decir.
- Los clásicos son esos libros que nos llegan trayendo impresa la huella de las lecturas que han precedido a la nuestra, y tras de sí la huella que han dejado en la cultura o en las culturas que han atravesado (o más sencillamente, en el lenguaje o en las costumbres).
- Un clásico es una obra que suscita un incesante polvillo de discursos críticos, pero que la obra se sacude continuamente de encima.
- Los clásicos son libros que cuanto más cree uno conocerlos de oídas, tanto más nuevos, inesperados, inéditos resultan al leerlos de verdad.
- Llámase clásico a un libro que se configura como equivalente del universo, a semejanza de los antiguos talismanes.
- Tu clásico es aquel que no puede serte indiferente y que te sirve para definirte a ti mismo en relación y quizás en contraste con él.
- Un

clásico es un libro que está antes que otros clásicos; pero quien haya leído primero los otros y después lee aquél, reconoce enseguida su lugar en la genealogía. • Es clásico lo que tiende a relegar la actualidad a la categoría de ruido de fondo, pero al mismo tiempo no puede prescindir de ese ruido de fondo. • Es clásico lo que persiste como ruido de fondo incluso allí donde la actualidad más incompatible se impone.

Por qué leer los clásicos, Italo Calvino

Filosofar bajo la manta

Este pequeño prólogo no es más que una breve invitación literaria. Como introducción histórica al concepto del libertinaje basta y sobra el excelente prólogo de Mauro Armiño, a quien debemos estar más que agradecidos por esta excelente selección de cuentos libertinos que, hasta donde alcanzan mis datos, no tiene parangón en el mundo de la edición española. Es suficiente, pues, una invitación más somera –y cabría decir más lúbrica– a estos relatos que, si bien fueron escritos para ser leídos, en palabras de Rousseau, «con una sola mano», no especificaba este filósofo en qué lugar exacto debía estar la otra, si sobre cierto lugar que el lector perspicaz podrá imaginar sin demasiado esfuerzo, o sobre la frente, en actitud reflexiva.

Estos relatos libertinos contienen no sólo el ímpetu de una sociedad que empieza a descubrir y a descubrirse en el placer, sino la furia electrizante de quien toca por primera vez el corazón nervioso de nuestro comportamiento. Somos una sola y única sustancia. Conocemos con el cuerpo, amamos con él, comemos con él, copulamos con él, construimos catedrales con él, escribimos tragedias con él. Nacen de él tanto nuestros pensamientos más elevados como nuestros comportamientos más burdos. También nuestras plegarias, atendidas o no, son del cuerpo. El descubrimiento es de una sencillez conmovedora y, como todos los grandes descubrimientos, tiene un inmediato efecto totalizador: una vez realizado ya no es posible darle la espalda, el mundo será necesariamente filtrado por él. Ya hemos aprendido

quiénes éramos en el dolor y el remordimiento, aprendamos ahora, y con más motivo, quiénes somos en el placer y en la afirmación. Es el grito de un siglo ilustrado y laico, racional, materialista, el grito del siglo que se atrevió a hacer del cuerpo también un objeto y a llevar esa inquietud hasta sus últimas consecuencias para ver *qué ocurría en aquel lugar*.

Se suceden aquí cuentos de hadas, canapés parlantes, citas lésbicas y refinados caprichos sexuales, pero no sólo. Cuando uno se ha atrevido a abrir la caja de Pandora, no puede esperar que lo único que cambie sea una simple distribución de los muebles de su casa campestre. Ha cambiado el mundo en realidad, los términos en los que leíamos lo social y lo racional, la naturaleza de las cosas y de nosotros mismos quizá, asombrados también del vértigo de poder convertirnos en cosa ante la mirada deseante del otro. Y no es poco. Convertirse en objeto ha sido siempre la fascinación secreta e inconfesada del sujeto, la misma fascinación que, llevada de la mano de la imagen, hará nacer también lo pornográfico, que no es otra cosa que nuestra relación con una imagen objetivada.

Hace alusión Mauro Armíño a un suceso sobre el que quizá deberíamos detenernos un poco más, el de la ilegalidad de estos textos, comprados bajo la capa pero presentes en casi todos los hogares burgueses e ilustrados de Francia. Es precisamente su ilegalidad la que les hacía cambiar de naturaleza. Esa tensión entre lo público y lo privado, lo aceptable y lo prohibido –aliviada mediante transgresiones estrictamente reguladas– funda para Bataille toda comunidad humana y se encuentra en la raíz misma de la noción de sociedad. En *El erotismo* y en *Las lágrimas de Eros* desarrolla la idea de que lo públicamente aceptado nace precisamente de la delimitación fluctuante de lo prohibido y de la regulación de sus transgresiones a lo largo del tiempo. Sin uno de los dos elementos en tensión permanente la organización social pierde equilibrio y se

desmorona. El tabú no sólo es una prohibición, sino un equilibrio de fuerzas entre la prohibición y su transgresión. Y ese equilibrio funda la existencia social. Sus regulaciones son complejas, varían a lo largo del tiempo y se aplican simultáneamente a objetos diversos. Para acceder al estatus de tabú, estos objetos y conceptos prohibidos necesitan, paradójicamente, ser transgredidos: «la prohibición existe para ser violada», dice Bataille. Pero no de cualquier forma: regular esa transgresión es el modo más seguro de afianzar su permanencia. «La transgresión levanta la prohibición sin suprimirla», dice Linda Williams en el prólogo a su libro *Porn Studies*: «Transgredir un tabú no es, desde luego, vencerlo».

También en estos relatos comprados en la oscuridad de un callejón y leídos «con una sola mano» en la intimidad de los hogares ilustrados precisan del tabú para transgredirlo, es necesaria la lujuria del sacerdote, el capricho oscuro y refinado de la condesa, la virgen seducida y engañada por el libidinoso, y más aún es necesario que el lector perciba la transgresión de esos sucesos, tan necesario al menos como haber tenido que comprar el libro a escondidas y leerlo a puerta cerrada. Transgredir un tabú, y eso lo sabía perfectamente el marqués de Sade, es desde luego *no vencerlo* porque la excitación que produce en nosotros se funda en su vigencia como tabú.

Son, como es obvio, relatos reflexivos muchos de ellos y al lector contemporáneo le aflorará la sonrisa a los labios en más de una ocasión al leer el motivo de las lubricidades de los abuelos de nuestros tatarabuelos, de la misma forma quizá en la que hará sonreír a los nietos de nuestros tataranietos aquellas imágenes y textos que hoy tienen la virtud de sonrojarnos, pero lo que se cocina en estos relatos es algo muy serio: la conciencia materialista del placer como moneda de cambio. Una revolución semejante, y más aún en un siglo ilustrado, debía acarrear también una importantísima maquinaria teórica. Y no se trata sólo de que el mar-

qués de Sade fuera «un kantiano invertido» como dijo de él Simone de Beauvoir, sino de la firme conexión que tienen estos relatos –hasta los más fantasiosos– con el mundo de la experiencia y con unas corrientes filosóficas que circulaban bajo las conciencias de París como las aguas bajo el empedrado de las calles: Jean Meslier, Mettrie, Maupertius, Helvecio, D’Holbach, Sade, Charron, Saint-Évremond, Gassendi, toda una verdadera contrahistoria de la filosofía y de las ideas (tal y como la describe Onfray en dos volúmenes que muy bien podrían completar, desde el punto de vista teórico, esta antología: *Los libertinos barrocos* y *Los ultras de las luces*) que permitía el caldo de cultivo en el que era por fin posible mirarse y mirar objetivamente. Algo tan simple, descarnado y temible como aguantarle la mirada a un animal. El animal, en este caso, de nuestro propio placer.

Andrés Barba

Estudio preliminar

Prólogo

En siglo y medio, práctica y aproximadamente el que transcurre desde poco antes de mediados del siglo XVII hasta 1789, cuando la Revolución francesa acaba con el Antiguo Régimen y su sistema de valores sociales y religiosos, el término *libertin* amplía su significación. Hay que remontarse en la historia de la lengua para precisar esa evolución de las acepciones del término, que el francés recupera en el siglo XVI para ir cargándose poco a poco con mayor carga semántica. Esa ampliación ya estaba latente en el origen latino, al que resulta obligatorio remitirse si queremos desenmarañar la complicada madeja que ha terminado por definir al *libertino* como «hombre de costumbres depravadas», confundiendo un término religioso con la libertad sexual y dándole un sentido peyorativo que procede y se impone durante el siglo XVIII, pues simplificando y acusando al adversario de costumbres depravadas no hay que someter a debate la primera acepción del término.

El latín había dado el nombre de *libertinus* al hijo del *libertus*, o esclavo manumitido por su amo; a pesar de esa manumisión, el *libertus* no es un hombre libre, y, según el derecho romano, se opone al que verdaderamente lo es, el *ingenuus*. Es, por tanto, la segunda generación de los que habían sido esclavos la que lleva el nombre de *libertinus*, que, como *libertus*, no tardó en caer en desuso; de cualquier modo, tanto el liberto como el libertino no saben usar, según los textos latinos, la libertad de que gozan y ambos parecen conservar socialmente una mancha original; pervive en ambos términos, *liberto* y *libertino*, una connotación peyorativa que no tarda en pasar de lo civil a lo religioso. En los Hechos de los Apóstoles (VI, 9) se califica de libertinos^[1] a los judíos que disputan con el diácono Este-

ban oponiéndose a sus enseñanzas; durante la Edad Media, además de ese sentido de *liberado*, tiene otro: «esclavo sarraceno convertido al cristianismo»; pero en este caso servía para definir a un «liberado» de una falsa religión. Pero el vocablo pasa por una etapa de olvido y es Calvino quien lo recupera al titular uno de sus tratados *Contra la secta fantástica y furiosa de los libertinos que se llaman espirituales* (1545), entendiéndolo por tales a los que denuncia por herejes: los anabaptistas, que se sienten con la capacidad de pensar libremente y tachar a las religiones reveladas de imposturas; con «violencia teológica» y blasfemia, los anabaptistas y su «banda» niegan el pecado, según Calvino, y predicán la comunidad de bienes, de donde se deriva una libertad de costumbres que rompe las convenciones y normas de cualquier orden establecido: «una bella doctrina para putas y rufianes», propia de ateos y de materialistas, según Guillaume Farel (1550). El saco de significación del término va engrosándose, pero a partir de ahora se carga de un sentido peyorativo y, demonizado, se emplea a mala parte: lo demuestran sus sinónimos: impío, incrédulo, ateo, disoluto, depravado, licencioso, desvergonzado...^[2]

Así nacen a mediados del XVI, durante los enfrentamientos religiosos, las dos líneas de significado de *libertino*; entre los protestantes primero; luego, en la segunda mitad del siglo, entre los católicos, con esa doble línea de interpretación. Cuando el concilio de Trento (1545-1563) endurezca la ortodoxia, los libertinos volverán a ser considerados desde el prisma civil, dada la vinculación de catolicismo y absolutismo: el dogma sostiene al César y éste se siente atacado cuando se ataca a la religión. No tardará en olvidarse la distinción hecha por Calvino ni en hacer frente común ambas confesiones, católica y protestante, para arremeter contra los «libertinos y ateístas» que desprecian por un lado las leyes y normas de vida cristiana y rinden culto por otro a la sensualidad.

Los calificativos se suman: gentes sin Dios, «dudadores» o pirronianos, epicúreos..., al par que aumentan los procesos y la represión, sobre todo a partir de la ejecución de Lucilio Vanini, estrangulado y quemado vivo en Toulouse en 1619 después de serle arrancada la lengua, convicto de blasfemia, corrupción de costumbres, impiedad, ateísmo y brujería^[3]. Durante la segunda mitad del siglo XVII sobre todo, la aristocracia francesa y sus hijos aprovechan su poder económico y su posición social para lanzarse a excesos de una sexualidad sin obstáculos, mientras los pensadores del siglo sedimentan un materialismo inspirado en Epicuro y en Demócrito: por ejemplo, Cyrano de Bergerac (*El otro mundo: Historia cómica de los Estados e Imperios de la Luna y del Sol*, 1650-1652), o el poeta Théophile de Viau^[4]. Desde Vanini, los filósofos de finales del siglo XVI se dedican a denunciar la falsedad de las religiones reveladas y de los textos sagrados, en especial de la Biblia, negando, con los nuevos conocimientos científicos en mano, los milagros, las cronologías... François de La Mothe Le Vayer –médico a cuyo círculo de amistades perteneció Molière– y Gassendi amplían los puntos de vista de los «ateos» del Renacimiento: Vanini, Giordano Bruno o Pomponazzi. Es en ese momento cuando los acusadores eclesiásticos, y en concreto el padre Garasse, acuñan las imágenes que durante el siglo XVII utilizarán sus sucesores para atacar a la novela libertina: ateos, impúdicos, lobos rapaces...

A finales del siglo XVII se produce un cambio que trata de separar religión y moral, libertinaje de pensamiento y libertinaje de costumbres^[5]. Mientras el primero exige una libertad de pensamiento que se convertirá en piedra angular de los «filósofos» ilustrados, el segundo se entrega a una libertad sensual que, inspirada en la libertad de pensamiento, es más una práctica vital que una filosofía. Eliminando barreras y arremetiendo contra tabúes y prohibiciones sexuales, el siglo XVIII llevará al límite último esa práctica.

Si el libertino, en su doble vertiente de incredulidad en materia de religión y de depravación de costumbres, existe durante el reinado del Rey Sol, incluso entre miembros de la familia real, los años de sombra impuestos por el rigor religioso de Mme. de Maintenon en la última etapa del reinado provocan un irrefrenable estallido de vida con el cuerpo del monarca todavía caliente: el cortejo fúnebre que en septiembre de 1715 lleva el cadáver de Luis XIV al cementerio de Saint-Denis es despedido por las calles con cantos y bailes del pueblo; y nada más hacerse cargo de la Regencia, Felipe d'Orléans gira en dirección contraria el timonel del Estado; a los lutos impuestos sucede en un abrir y cerrar de ojos la reapertura de los bailes prohibidos, el llamamiento a los Comédiens Italiens, expulsados por una Maintenon que se creyó ridiculizada en una de sus obras, un nuevo sistema de finanzas que el banquero Law organiza sustituyendo el metálico por papel moneda –no tardará en descubrirse como un desastre que pone al borde de la quiebra al Estado, y que tuvo por fruto depravar «las imaginaciones» tras la lluvia de billetes de banco sin respaldo suficiente de la Banque Générale que inundó París, y, por último, un sistema de vida donde el *carpe diem* lo predica con su ejemplo el propio Regente, mientras un abate, convertido en cardenal, Dubois, bendice los nuevos modos de vida y como preceptor enseña al rey casi niño los fundamentos del libertinaje.

En ese momento, *libertin* se descarga de buena parte de su contenido de rebeldía religiosa para significar, sobre todo, sensualidad, búsqueda de placer; de ahí a la depravación, al frenesí del erotismo y del sexo no había más que un paso que los diccionarios señalan: poco años más tarde la *Enciclopedia* comenta, por ejemplo, en el artículo *libertinage*: «Es el hábito de ceder al instinto lo que nos lleva a los placeres de los sentidos; no respeta las costumbres, pero no aparenta enfrentarse a ellas; [...] está a medio camino entre la voluptuosidad y la depravación». Diderot, que fir-

ma el artículo *voluptueux*, quiere matizar las partes negativas: voluptuoso es «el que ama los placeres sensuales», y los que defienden doctrinas austeras que niegan «la multitud de objetos que nos rodean y que están destinados a conmover esa sensibilidad de cien maneras agradables» son unos atrabiliarios a los que habría que encerrar en casas de locos, pues «creen honrar a Dios mediante la privación de las cosas que ha creado».

Desde esa fecha, el libertino no sólo ejerce sus pasiones, sino que las exhibe: el placer, convertido en nuevo dios y única meta de la existencia, se apodera de Versalles y de la Corte sobre todo, pero el clima está dado y, lentamente, va a inundar a partir de 1720 a toda la sociedad. Nacen o se abren, dentro del espacio público, bailes y óperas, salones y tocadores, por donde navegan petimetres a la caza de cortesanas o de «mujeres del mundo», y donde se despilfarra una suntuosidad hecha de regalos de diamantes y porcelanas como peones de las partidas de amor: uno de esos peones, la *petite maison*, se generalizará andando el siglo entre la alta aristocracia siguiendo el modelo que a sus imaginaciones ofrecía Luis XVI: el monarca mantiene una casa donde aloja muchachas para su disfrute en el Parc-aux-Cerfs, «nombre hecho para echar a volar la imaginación y que, a pesar de todas las precauciones tomadas, en breve plazo se convertiría en símbolo de la torpeza moral del Cristianísimo Rey»^[6]. La bancarrota a que Law había llevado al país demostraba que de la noche a la mañana se podían perder, o ganar, grandes fortunas; la despreocupación invade todas las cabezas –sólo alguna de la vieja generación (Saint-Simon) se da cuenta del peligro que había en trocar tierras y propiedades por papel–; vale todo, por tanto, en este mundo que es puro teatro y donde la importancia de los personajes viene marcada por el traje que llevan.

En el caos que genera la fluidez constante y rapidísima del dinero y las fortunas, cobra importancia, además de la

burguesía con pruritos de nobleza y que participa, cuando puede, en el libertinaje aristocrático, otra clase social, un tercer estado que aprovecha las migajas que caen del capricho libertino de las dos clases situadas por encima de ella: y lo aprovecha empleando la única arma que tiene, la picardía, para insertarse en la corriente y dejarse llevar por dinero a la sexualidad y a la prostitución en todas sus variantes, para luego derrochar también esas ganancias fáciles en el juego, la pereza, el vino o el vagabundeo, como atestigua, sin que sea ése su caso, la de la novela de Fougere de Monbron *Margot la remendona*: Margot nos contará el modo en que, a río revuelto, los pescadores avisados pueden conseguir una buena bolsa: con ella se construyen una situación social a la que no podían aspirar por nacimiento.

La novela libertina vista ayer y hoy

El mismo trayecto que recorren las costumbres lo hace la literatura libertina, que en el XVI, frente a los numerosos textos filosóficos, apenas cuenta con los poemas burlones y satíricos de Viau y con una novela anónima de iniciación sexual: *L'École des filles*. Pero nada más iniciarse la nueva centuria se produce un hecho capital para la novela: empieza a publicarse la traducción de Galland de *Las mil y una noches* (1704-1717), que sorprende por su delicada sensualidad y por la manera de estructurar y articular los relatos y la novela. No era mucho lo que la época conocía de Oriente, pero quedó fuertemente impresionada por esas *Mil y una noches* que inundaron las imaginaciones más claras del siglo, desde la de Crébillon a la de Diderot y Montesquieu, desde la de Voltaire a la de Goethe. Había, desde luego, antecedentes en algunas obras narrativas y teatrales: por ejemplo, en *El burgués gentilhomme* de Molière, que había jugado, y no fue el único, a las «turquerías» en esa pieza, encargo hecho al cómico por Luis XIV para festejar la